

PRÓLOGO

Todos los seres humanos somos dependientes unos de otros desde el momento en que nacemos. El bebé depende de sus padres, quienes, por supuesto, es obvio, son claves para su supervivencia. Pero si abrimos un poco más los ojos, vemos que los progenitores también dependen de su bebé: no para su supervivencia física, sino por el significado que da a sus vidas. Ya sea que el niño muera o que se lo quiten, enfrentados al más violento drama que le pueda tocar vivir a un ser humano, estarán desesperados.

Por lo tanto, todos los seres humanos son interdependientes. Montesquieu habló del «animal sociable» que hay en nosotros, pero en la misma medida en que somos sociables, también somos frágiles, al menos biológicamente, en comparación con los grandes depredadores: no tenemos garras, ni colmillos, ni caparazón, ni cuernos, y contamos con pocos músculos, poca fuerza... Si hemos sido capaces de sobrevivir y prosperar (¡demasiado según algunos!) como especie entre otras especies, no ha sido solo por nuestra fuerza física, sino porque hemos cultivado nuestra capacidad de conectar con los demás.

Desde el principio de los tiempos, los grupos humanos han debido su supervivencia a la solidaridad y la ayuda mutua, a los lazos de reciprocidad y la interdependencia tejida entre sus miembros adultos, pero también entre generaciones: los niños dependen de los adultos, si bien el futuro de estos últimos también depende de los primeros, que un día los ayudarán y luego los protegerán; los ancianos deben ser protegidos por los más jóvenes, pero siguen ayudando de mil y una maneras, y son, además, los que guardan los recuerdos y la experiencia del grupo. En resumen, cuanto más estrechos sean los lazos de interdependencia en una comunidad humana, más rica será y probablemente más susceptible de desarrollarse y durar. Y más probable será también que sus miembros sean felices y se sientan satisfechos.

Pero, entonces, ¿por qué descuidamos la interdependencia? Peor aún, ¿por qué a veces se la teme?

Porque la confundimos con la dependencia unidireccional (una persona que no puede hacer nada sin la otra que lo hace todo por ella), en un momento en que dominan los ideales de autonomía y autosuficiencia (por no hablar del egoísmo y el narcisismo). Pero la búsqueda moderna y desesperada de la libertad individual («sobre todo, no depender de nadie») lleva a más y más personas a un sentimiento de soledad, fragilidad, vulnerabilidad. Y así, por miedo a la fragilidad ligada a la dependencia, uno se lanza a los brazos de una fragilidad aún mayor: la de la soledad.

Pero hay una solución: ¡aceptar alegremente la interde-

pendencia! Disfrutar de ella entendiendo que nos abre y nos enriquece, que nos hace más fuertes e inteligentes.

Como dice un proverbio africano: «Solos vamos más rápido, pero juntos vamos más lejos». ¡Y más contentos!

Eso es lo que este libro quiere mostrarte...